

ce du Tertre, le Moulin de la Galette, la Tour Eiffel, etc., constituyen el repertorio forzoso de tal "estampario". En la geografía de la historia de la pintura el paisaje múltiple parisiense figura con los mismos derechos de primacía que el bosque de Barbizon, que Bretaña y Horta de San Juan.

Existe además el lugar común de Montmartre, sobre todo desde que lo impusiera Utrillo. En esta exposición de Le Caveau se ve claro. Casi todos los cuadros participan de esa puerilidad innegable, técnica minuciosa, ejemplar, pimpante. Un postimpresionismo temperado nos convence del buen sentido, de la *sagesse*, de la medida, que no quieren ir más allá del tono medio admitido por el contemplador corriente.

Muchos de los expositores siguen las aguas de un utrillismo más superficial que profundo.

En general la exposición tenía un aire evidente de voluntad crematística. También en las corrientes de avanzada se da —con las inevitables excepciones— el *pompierisme*.

De los expositores chilenos destacaban Camilo Mori, Ezequiel Fontecilla y Jorge Caballero.

<https://doi.org/10.29393/At360-224PBAR10224>

PINTURA BRITANICA

En la Sala del Instituto Chileno-Británico de Cultura se exhibió un conjunto de cuadros de Constable, H. J. Boddington, John Crome, Sir Joshua Reynolds, Walter Sickert, Wilson Steer, etc.

La exposición planteaba, más que un problema de juicio y de apreciación, un problema de atribucionismo. Los tres nombres más importantes del lote parecen ser sin duda los de Constable, Reynolds y Sickert. De los dos óleos que figuraban como del primero, el perteneciente a la colección Eastman de Valdés posee todos los rasgos y peculiaridades del gran precursor del impresionismo. Se trata en cualquier caso de una obra de excelente calidad.

El Reynolds lo creemos dudosísimo. El color, en este retrato de una dama dieciochesca, es bello con aquel calor de gama ruben-

siana —carmines angélicos, bronce dorados y grises coloridos— del autor de los *Discursos*. Pero ni la calidad de la cabellera, ni la torpeza constructiva del tocado, ni los errores de dibujo justifican la atrevida atribución.

Respecto a Sickert, maestro más cercano a nosotros, cabe señalar la opacidad y el agrisamiento de sus manchas en un cuadro, que representa un interior de teatro. Más frígido que Gutiérrez Solana, esta tela recordaba la vigoosa plasticidad del maestro santanderino. Digamos que en general Sickert es más cálido y de gama más contrastada.

Entre los cuadros expuestos hay que destacar la *Marina*, de John Crome por su ostensible barroquismo meteorológico, por la realidad de su visión, por la factura suelta y, a la vez, rigurosa, por la sugerencia de sus alumbraciones, tan del gusto de esa escuela del Támesis que solía abusar de las tonalidades bituminosas. Aún cuando a veces, como en este caso, supiera acertar.

CINCO ACUARELISTAS

En la Sala del Ministerio de Educación se colgó un conjunto de acuarelas firmadas por Ignacio Baixas, Nemesio Antúnez, Ezequiel Fontecilla, Israel Roa y Hardy Wistuba.

Una enumeración perentoria de los rasgos característicos de estos pintores nos da la siguiente lista:

Libertad de interpretación,

Lirismo.

Delicadeza.

Aversión por las formas demasiado analíticas.

Sentimiento íntimo de la naturaleza.

Nemesio Antúnez es el más original y el que rompe las amarras tradicionales del género para mostrar, en el milagro sutil de sus visiones, la captación de lo sencillo, de lo menudo, de lo habitual. Antúnez consigue con frecuencia un virtuosismo asombro-